



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Sapoznikow, Wendy

Seis consideraciones sobre el concepto de populismo



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Sapoznikow, W. (2011). *Seis consideraciones sobre el concepto de populismo*. *Revista de ciencias sociales*, 3(20), 141-150. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1532>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Wendy Sapoznikow

Seis consideraciones sobre el concepto de populismo

Introducción

Este trabajo realiza un análisis crítico y comparativo del concepto populismo/neopopulismo. Para ello recorta y expone los ejes centrales alrededor de los cuales se estructura el esquema argumentativo de cada uno de los seis textos propuestos: a partir de la propia argumentación se conduce y desprende la comparación. Dentro de los ejes centrales de los seis autores se identifican dos con mayor énfasis: la muerte o persistencia del populismo en la actualidad y su ubicación o no en un período histórico particular.

1. Punto de partida posible

Como punto de partida posible para este trabajo, Knight propone concentrarse en el fenómeno/concepto de populismo por cuatro razones. La primera “porque

es un fenómeno ubicuo y un concepto controvertido”; la segunda porque “en la actualidad, el populismo es una palabra grosera”; la tercera porque “actualmente muchos expertos consideran que el populismo está muerto y enterrado”; la cuarta porque “quienes condenan el populismo y afirman con toda confianza su muerte [...] abrazan ‘lo nuevo’, ‘lo moderno’ [...] las supuestas antítesis del populismo” (Knight, 1994, pp. 50 y 51).

Para su consideración sobre el populismo toma dos definiciones amplias. La primera afirma que es un movimiento político que, por un lado, se basa en movilizar masas a partir de una retórica cuyo contenido es emocional y autoafirmativo y, por el otro, se centra en la idea de pueblo como depositario de las virtudes de justicia y moralidad. Esta idea de pueblo se vincula, a su vez, con la de un líder carismático honesto y con una fuerza de voluntad tal que garantiza que se cumplan los deseos populares.

La segunda definición afirma que el populismo es una política latinoamericana urbana que se basa en “coaliciones políclistas, jerárquicas, cooptativas, *ad hoc* y no revolucionarias” (Wirth, 1982, p. IX; citado en Knight, 1994, p. 52). Sin embargo al mismo tiempo que define al populismo, Knight propone que, al menos por tres razones, es erróneo reificarlo en una definición y luego tratar de dividir los diferentes populismos –es decir los diferentes casos– entre los que se corresponden con esa definición y los que no. La primera razón es que la misma definición varía porque pueden enfatizarse diferentes criterios; la segunda razón es que –incluso si se llega a un acuerdo sobre los criterios que deben enfatizarse porque hacen a esa definición– todavía puede haber desacuerdos sobre su aplicación empírica: se debe hablar por lo tanto de grados de populismo; la tercera razón es que los fenómenos históricos que se analizan –los casos– no son homólogos.

Una vez resuelto el punto de partida, se centra en cuatro enfoques analíticos.¹ El primer enfoque analítico se concentra en el discurso. El populismo resulta en este enfoque un estilo y una retórica que recalca la virtud del pueblo y postula, por un lado, una polarización entre “ellos” y “nosotros” y, por otro, un vínculo estrecho entre líder y pueblo. Para Knight este primer enfoque analítico es minimalista y, si bien puede ser útil como punto de partida, ofrece pocas conclusiones productivas. El segundo enfoque analítico se concentra en el concepto de clase. Es un “movimiento/coalicción/régimen que abarca una gama de clases y no repre-

senta la organización autónoma de una sola clase” (Knight, 1994, p. 54). Para Knight este segundo enfoque analítico también es minimalista y su problema reside, además, en que un movimiento/coalicción/régimen abarca varias clases. El tercer enfoque analítico es histórico y estructural y “considera al populismo como un gran proyecto sociopolítico ‘populista’ desde el punto de vista de su discurso y retórica; pero que también incluye políticas específicas y una coalición específica de intereses, productos [...] circunstancias históricas [...] que empezaron entre las dos guerras mundiales” (Knight, 1994, p. 55). Esta es la imagen del populismo “clásico” asociado, por un lado, al surgimiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y, por otro, al de un Estado intervencionista y regulador que adhirió a un proyecto económico que generó una retórica populista tal que obtuvo el apoyo de ciertos grupos sociales (obremos urbanos organizados y burguesía nacional particularmente) a los que otorgó beneficios. Para este enfoque, entonces, el populismo se convirtió en el paradigma predominante en América Latina desde la década de 1930 hasta la de 1960 cuando comenzó a mermar el modelo de la ISI y las relaciones políticas que se le asociaban. El análisis de este enfoque inserta el populismo en el “patrón modal” de desarrollo político y económico de América Latina. Para Knight, si bien este enfoque analítico resuelve el minimalismo de los dos anteriores e incluye la comparación y también la causalidad, todavía no es

¹ Dos de estos cuatro enfoques analíticos estructurarán centralmente la exposición de los diferentes esquemas argumentativos de los seis autores en este trabajo.

claramente válido empíricamente. El cuarto enfoque analítico es económico y coyuntural. En este enfoque, el populismo es “productor de crisis”.² Para Knight este cuarto enfoque analítico tiene dos problemas: el primero es que resulta reduccionista ya que define al populismo enfatizando solo el criterio económico; el segundo es, nuevamente, su validez empírica.

Al finalizar la descripción de estos cuatro enfoques analíticos vuelve a su propuesta inicial: sostener que el populismo no está muerto en América Latina aunque los programas de los gobiernos populistas actuales no sean calcos de los del populismo clásico que, de cualquier forma, tampoco pueden aunarse bajo una lista de criterios sobre el populismo. Y no solo debe considerarse su persistencia sino también su potencial. Así, se pregunta cómo podría construirse un neopopulismo que se correspondiera con una época neoliberal y concluye: “El neopopulismo [...] puede ser el vehículo más apropiado para una política de movilización, redistribución y legitimación. Sin embargo [...] tiene que hacer una realidad la tantas veces afirmada afinidad entre el mercado, la democracia y la descentralización” (Knight, 1994, p. 72).

Enfoque analítico que se concentra en el discurso

Dentro del enfoque analítico que se concentra en el discurso propuesto por Knight puede ubicarse a Laclau.³ Su propuesta consiste en mostrar que el populismo no se reduce a un fenómeno delimitable sino que debe entenderse como una lógica política que atraviesa una variedad de diferentes fenómenos y como un modo de constitución de lo político. El populismo es un discurso de ruptura que se expresa mediante “una extensión y reafirmación de la intervención estatal” (Laclau, 2006a, p. 116), frente al clientelismo –cuya presencia es el fenómeno uniforme en la historia del continente– que se expresaba mediante una sustitución de élites. Esta ruptura –que tiende a dividir mediante la formación de una frontera antagónica interna lo social en dos campos: “el pueblo” y “el poder”– se asocia, por un lado a la categoría de demandas sociales⁴ para las que deben considerarse “sus canales de vehiculización y la lógica equivalencial que, en el populismo, tiende a articularlas” (Laclau, 2006a, p. 117)⁵ y, por otro, a la presencia de las masas urbanas (cercanas al centro de poder y, por lo tanto, visibles). El momento simbólico en el

² Aquí se establece una diferencia con el populismo definido por el enfoque analítico histórico y estructural que, al ser (re)interpretado por este cuarto enfoque analítico económico y coyuntural en términos de factores económicos, resulta “producto” de crisis.

³ La teoría de Laclau es para Knight un análisis “engalanado con los adornos de la teoría del discurso” (Knight, 1994, p. 54) pero que aun así se corresponde con el enfoque analítico que se concentra en el discurso.

⁴ La demanda social es la unidad mínima para determinar la especificidad de una práctica articuladora populista. “A una demanda que, satisfecha o no, permanece aislada, la denominaremos demanda *democrática*. A la pluralidad de demandas que, a través de su articulación equivalencial, constituyen una subjetividad social más amplia las denominaremos *demandas populares*: comienzan así, en un nivel muy incipiente, a constituir al ‘pueblo’ [...]” (Laclau, 2008, p. 99).

⁵ El concepto de articulación implica “toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica” (Laclau y Mouffe, 1987, p. 128).

que las cadenas equivalenciales⁶ plasman su unidad es el de la constitución del pueblo como voluntad colectiva con símbolos comunes. El pueblo del populismo –la identidad popular– se estructura internamente en el momento en el que el lazo equivalencial cristaliza en un sistema estable de significación. La universalidad resultante de la cadena equivalencial cristalizada necesita de significantes que se refieran a ella como totalidad: significantes tendencialmente vacíos.⁷ Al mismo tiempo, “puesto que el discurso populista siempre dicotomiza los espacios sociales [esta constitución es] el momento en el que el adversario recibe su identidad simbólica unificada” (Laclau, 2006a, p. 117). La dicotomización

–en la que los actores se ubican en uno u otro de los dos campos enfrentados– opera en el populismo entre el pueblo y el poder. Finalmente está el líder:⁸ el nombre propio, cuyo rol es de cristalizar la unidad del movimiento. El líder aglutina los elementos⁹ que componen al movimiento. Su palabra encarna el proceso de identificación popular al “interpelar a estas masas frustradas por fuera del sistema vigente y contra él” (Laclau, 2006b, p. 58).

Finalmente Laclau propone que “el populismo es una cuestión de grado, de la proporción en que los lógicas equivalenciales prevalecen sobre las diferenciales” (Laclau, 2006b, p. 58) y que es una lógica política relacionada –como tal–

⁶ Se presentan dos lógicas: la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. La primera se privilegia sobre la segunda y, al reducir la fuerza del carácter diferencial de los elementos formando una cadena de equivalencias “el sistema puede significarse a sí mismo como totalidad” (Laclau, 1996, p. 75). Sin embargo, la relación entre equivalencia y diferencia es inestable. Estas lógicas son incompatibles y al mismo tiempo se necesitan ya que en su tensión se construye lo social.

En la lógica de la equivalencia los elementos se eslabonan en cadenas equivalenciales. Si bien poseen identidades diferentes sus diferencias se debilitan, se disuelven, se subvierten –aunque no se eliminan sino que la diferencia opera aun dentro de la equivalencia– y los elementos se tornan equivalentes entre sí. En relación con el populismo y las demandas, Laclau (2006b) afirma que en la lógica de la equivalencia se establece una relación de solidaridad entre las demandas que permanecen insatisfechas: una parte se identifica con el todo.

La lógica de la diferencia implica que los elementos se diferencian entre sí. La diferencia otorga su identidad al elemento aunque “ninguna identidad es [...] positiva y cerrada en sí misma [...]. se constituye como transición, relación, diferencia [...]”. La organización y relación de los elementos es contingente. “[...] La conexión [...] no puede ser fijada como momento de una totalidad subyacente o suturada [...] se trata de articulaciones” (Laclau, 1987, p. 107). También en relación con el populismo y las demandas, Laclau (2006b) afirma que la lógica de la diferencia es institucionalista y que en ella las demandas son respondidas de forma individual y absorbidas por el sistema.

⁷ Cualquier significante puede ser vaciado. Su vaciamiento es la otra cara de la misma operación discursiva que su flotamiento. El significante vaciado no se define por necesidad –abstractamente cualquiera podría serlo–, sino contextualmente.

⁸ Laclau afirma que “los significantes vacíos que unifican una cadena equivalencial son de naturaleza nominal y no conceptual [...] el significante vacío es un nombre [...] constituye el movimiento político como singularidad” (Laclau, 2006a, p. 119).

⁹ Al considerar la relación entre articulación y discurso se presentan los momentos y los elementos. Los primeros como “posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso [...]”; los segundos como “[...] toda diferencia que no se articula discursivamente” (Laclau y Mouffe, 1987, p. 119). El pasaje de los elementos a los momentos nunca se produce completamente. Esto vuelve posible la práctica articuladora. Es decir que las relaciones y las identidades pierden su carácter necesario y las identidades nunca se constituyen plenamente.

con la institución de lo social. Siempre que se de un proceso de cambio social que tenga lugar “mediante la articulación variable de la equivalencia y la diferencia, y el momento equivalencial presupone la constitución de un sujeto político global que reúne una pluralidad de demandas sociales” (Laclau, 2008, p. 150), se tratará de populismo. Lo político es así sinónimo de populismo.

Dentro de este mismo enfoque analítico puede ubicarse también a De la Torre. Para este autor el populismo es “un estilo político basado en un discurso maniqueo que presenta la lucha del pueblo en contra de la oligarquía como una lucha moral y ética entre el bien y el mal, la redención y la ruina” (De la Torre, 2007, p. 59). El líder resulta, en el populismo, definido de esta manera, la construcción del símbolo de la redención. Sus enemigos, mientras tanto, la construcción de la encarnación de los problemas de la nación. Realizando una lectura propia de Laclau, De la Torre afirma que el populismo construye discursivamente “la sociedad como un campo antagónico y maniqueo en el que se enfrentan el pueblo y la oligarquía” (De la Torre, 2007, p. 65).

El líder se construye como símbolo de la redención al presentarse como un hombre común del pueblo ahora convertido en extraordinario gracias a sus esfuerzos. Desde este lugar pide a sus seguidores confianza en su honestidad y dedicación a los intereses de la patria y el pueblo a quien también construye al afirmar ser su encarnación. La participación o incorporación populista es entonces para De la Torre litúrgica y basada en un líder que convoca a los ritos. Sin embargo “no tuvo un sentido unívoco y no puede reducirse a la ma-

nipulación ni a la irracionalidad de las masas” (De la Torre, 2007, p. 58). De forma tal que para entender el lazo populista entre líder y seguidores no puede reducirse al primero y su discurso: las expectativas, culturas y discursos de los seguidores deben ser consideradas también. Aquí De la Torre discute con los estudios basados en las teorías de la sociedad de masas (Germani) que construyeron a estos seguidores como aislados, desorganizados y anómicos y, por lo tanto, disponibles para la movilización populista. En estos estudios, el lazo populista entre líder y seguidores se explica por el carisma y la demagogia del primero y el comportamiento emotivo e irracional de los segundos. De la Torre cuestiona estos estudios basándose en otros (Menéndez Carrión) que reemplazan la idea de masas desorganizadas por un actor racional, instrumental y ligado a estructuras partidarias. Es decir, un actor que vota “por políticos que fundamentaban su liderazgo en la capacidad de distribuir bienes materiales y simbólicos” (De la Torre, 2007, p. 72).

Finalmente, De la Torre diferencia la representación populista de la de la democracia liberal a partir de dos características propias de la primera: el no lugar para el disenso y el no respeto del marco normativo (que se ve como un impedimento para la expresión de la voluntad popular que se encarna en el líder). Esta representación está basada en la identidad entre el líder y el pueblo. De esta forma, para De la Torre, “si bien la representación populista es excluyente y el discurso populista es autoritario, el populismo es vivido como profundamente democratizante e incluyente” (De la Torre, 2007, p. 77). Sin embargo, el populismo no es ni una aberración ni

una desviación de un patrón de democratización sino una parte constitutiva de la democracia, de lo político que, si bien muchas veces surge en condiciones de crisis, muchas otras aparece en condiciones que no lo son e incluso “en algunas naciones el populismo es un fenómeno recurrente de la vida política” (De la Torre, 2007, p. 72). Es decir, que para De la Torre el populismo no está muerto. Persiste en la actualidad.

Enfoque analítico histórico y estructural

Dentro del enfoque analítico histórico y estructural propuesto por Knight puede ubicarse a Cavarozzi quien entiende que el populismo latinoamericano –cuya ubicación histórica particular es la posguerra– fue el principal agente político que se articuló en una coyuntura caracterizada por la vinculación de dos procesos: “a) el inicio del proceso de construcción de la maquinaria intervencionista y proteccionista del Estado, y b) la politización [...] de los conflictos redistributivos de intereses, valores y poder entre las diferentes clases sociales, al ser incorporados en la política [...] los sectores medios y populares” (Cavarozzi, 2000, p. 199). Este agente político transformó las políticas económicas en una cuestión política y,

por lo tanto, realizó una operación en la cual confluyeron “política” y “políticas”. Lo caracterizó “su *tendencia a formular y proponer políticas redistributivas como si no lo fuesen*” (cursiva en el original) y, por lo tanto, se asoció con “la ilusión de la política sin costos” (Cavarozzi, 2000, p. 200).

Entre el enfoque analítico que se concentra en el discurso y el enfoque analítico histórico y estructural

Aboy Carlés cita a Vilas y su crítica de lo que denominó la “jibarización” de las ciencias sociales del concepto de populismo durante la década de 1990. Esta consiste en reducir el concepto para caracterizar, mediante este desplazamiento, a las experiencias mexicana, peruana y argentina de la década de 1990 como (neo)populistas simplemente –de acuerdo con estos dos autores– por conservar los liderazgos personalistas como dato en común con el populismo. Aboy Carlés y Vilas coinciden en que esta reducción es ilegítima.¹⁰ Sin embargo, Aboy Carlés se distancia de Vilas en su consideración sobre la teoría de Laclau, para Vilas un “reduccionismo discursivo del populismo”. Y propone, a partir de este distanciamiento, su propia apuesta “por una concepción del populismo como una forma particular de constitu-

¹⁰ Vilas define al populismo tomando en cuenta “la movilización e integración de las clases populares en un esquema de articulación multiclasista, el énfasis industrializador y redistributivo en un régimen de economía mixta y con fuerte intervención estatal, una política de sesgos nacionalistas y no alineamiento internacional y [...] una conducción fuertemente personalizada que [...] se vinculaba con un importante grado de organización y encuadramiento de las masas movilizadas” (Aboy Carlés, 2005, p. 2). El populismo –de acuerdo con este autor– es una experiencia que se sitúa históricamente en un momento particular, que se corresponde con una fase, particular también, de la acumulación capitalista y que por estas características es irrepetible. Es, finalmente, una de las principales tradiciones democráticas de las sociedades latinoamericanas. La definición de Vilas forma parte del enfoque analítico histórico y estructural que se desarrolló antes.

ción y funcionamiento de una identidad política” (Aboy Carlés, 2005, p. 6).¹¹

Su caracterización del populismo se “inspira” en las de Laclau¹² y De Ipola y Portantiero. De la primera toma su dimensión rupturista.¹³ De la segunda, su dimensión de recomposición del espacio político.¹⁴ Para Aboy Carlés el populismo se constituye en la tensión entre ambas dimensiones. Es decir que es una expresión de procesos de cambios agudos que emerge como una frontera respecto de un pasado que se repudia y, al mismo tiempo, pretende encarnar la representación hegemónica de la sociedad frente a un adversario que se considera tanto ilegítimo como irrepresentativo. Su especificidad está dada “por el juego inestable de inclusiones y exclusiones que perpetúa la tensión sin resolverla ni inclinarse por ninguno de sus dos polos” (Aboy Carlés, 2005, p. 9). Un fenómeno se caracteriza como populista por una cuestión de grado: solo es populista en sentido estricto quien

realiza un uso extremo del juego de inclusión/exclusión. Este juego agudiza a su vez la tensión original entre ruptura y recomposición del espacio político. De esta forma, su mecanismo específico se constituye en la agudización de la tensión entre fundacionalismo¹⁵ y hegemonismo.¹⁶ Tensión que se procesa a través del juego de inclusión/exclusión del adversario en el campo de representación que el populismo aspira asumir. Este juego de inclusión/exclusión redefine el propio *demos* legítimo que constituye la comunidad política. De esta forma se introduce un factor de inestabilidad crónica que erosiona las posibilidades de que se institucionalice el pluralismo político.

De acuerdo con Aboy Carlés, el populismo en la Argentina obtiene los recursos de poder necesarios para modernizar y homogeneizar con relación a la expansión de nuevos derechos y se constituye en la principal tradición democrática en pugna con el liberalismo

¹¹ Entiende a la identidad política como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción con relación a la definición de asuntos públicos” (Aboy Carlés, 2005, p. 5).

¹² Del análisis político del discurso de Laclau toma también sus conceptos centrales: discurso, articulación, antagonismo, elementos, momentos, etc., que utiliza como marco teórico para su propia caracterización del populismo.

¹³ Tal como se desarrolló en el apartado “Enfoque analítico que se centra en el discurso”, para la teoría de Laclau el populismo es una ruptura.

¹⁴ Para estos autores, que discuten con Laclau, si bien en el populismo clásico se observa la dimensión rupturista fundacional luego “el populismo acaba por cerrar y coartar su propia conflictividad inicial derivando en la integración de un nuevo orden de tipo organicista que desactiva el potencial de ruptura” (Aboy Carlés, 2005, p. 7). Es decir, el populismo deviene como transformismo: pretende una representación hegemónica de la sociedad.

¹⁵ El fundacionalismo es “el establecimiento de abruptas fronteras políticas en el tiempo [...] entre una situación pasada pero aún cercana o amenazante que es demonizada y considerada oprobiosa, y, un tiempo posterior venturoso que aparece como la contracara *vis a vis* de ese pasado que se pretende dejar atrás” (Aboy Carlés, 2005, p. 14).

¹⁶ El hegemonismo es “la pretensión de un imposible [...] un tipo particular de articulación hegemónica que pretende la clausura de cualquier espacio de diferencias políticas al interior de la comunidad. [...] pretensión irrealizable porque la conformación de cualquier identidad es relacional y requiere de la constitución de límites” (Aboy Carlés, 2005, p. 14).

político. La matriz populista colapsa en la Argentina durante el proceso democrático de 1973-1976. Para Aboy Carlés, entonces, el populismo puede ubicarse en un momento histórico determinado y “constituye una experiencia del pasado” (Aboy Carlés, 2005, p. 25).¹⁷ Está muerto. No persiste en la actualidad aunque durante las dos últimas décadas se hayan imbricado elementos del populismo (un hegemonismo menguado y un refundacionalismo crónico) con otros democrático liberales.

2. Neopopulismo

Durán Migliardi plantea que el populismo es un fantasma que se resiste a desaparecer y que “vuelve a cobrar cuerpo, ahora referida a la irrupción del fenómeno populista en la Latinoamérica de la década de 1990” (Durán Migliardi, 2007, p. 83). El populismo no está muerto. Persiste en la actualidad aunque como categoría no presente suficiente poder explicativo ni pueda producir su cierre. Plantea, al mismo tiempo, que “en la producción de la categoría neopopulismo subyace una implícita configuración de un *continuum* dentro del cual sus rasgos se diluyen en la imposibili-

dad de una traducción categorial de su significado” (Durán Migliardi, 2007, p. 88). Para configurar este *continuum*¹⁸ recupera, primero, los rasgos centrales para la redefinición del populismo: vaguedad ideológica; liderazgo; erosión de la ciudadanía y activación de las masas; maniqueísmo y antiinstitucionalismo (centralidad del antagonismo);¹⁹ y luego aquellos centrales para la definición del neopopulismo: discrecionalidad populista y mandato imperativo, vaguedad ideológica y clientelismo.

El neopopulismo resulta “un estilo particular de acción política” (Durán Migliardi, 2007, p. 90) que se define en función de dos aspectos centrales:

[...] en primer lugar, su emergencia como resultado de un trasfondo histórico de crisis de la democracia, de ausencia de mecanismos efectivos de integración de sectores que se encuentran frágilmente integrados a la dinámica política y de debilidad institucional; en segundo lugar [...] la presencia de expresiones ideológicas amorfas, puramente retóricas o simples interpelaciones emocionales o simbólicas, un fuerte liderazgo tendencialmente carismático, una relación de carácter clientelista con

¹⁷ Como consecuencia de estas dos últimas afirmaciones y por comenzar su argumentación basado en Vilas –quien trabaja con una definición del populismo que lo ubica dentro del enfoque analítico histórico y estructural–, se propone ubicar el enfoque analítico de Aboy Carlés entre el que se concentra en el discurso y el histórico y estructural.

¹⁸ Tanto en los rasgos centrales de la redefinición del populismo como en los de la definición del neopopulismo pueden encontrarse características del enfoque analítico que se concentra en el discurso. Sin embargo, no puede ubicarse a este autor en este enfoque ya que existen otras características que no coinciden con él y que, en cambio, sí lo hacen con la definición “tradicional” de populismo.

¹⁹ Señala que junto a estos rasgos subyace un contexto de crisis de una democracia liberal-representativa “que opera como activador al mismo tiempo que como límite del propio populismo [...] sin democracia liberal-representativa no hay populismo” (Durán Migliardi, 2007, p. 109). Y el populismo se ubica tanto en estas como contras estas.

bases sociales de apoyo policlasista o, derechamente, sin relación directa con la estructura social, y una tendencia a la división maniquea de la sociedad, usualmente bajo la distinción entre el pueblo y la oligarquía (Durán Migliardi, 2007, p. 93).

Lo que lo expresa en el “campo concreto de la vida política” actual es que se ubica al interior de las democracias liberales al mismo tiempo que las excede. De forma tal que aquello que constituye su especificidad se constituye también como un problema para adoptar un criterio delimitatorio. Para Durán Migliardi “en última instancia, la línea demarcatoria entre los conceptos de populismo y democracia liberal-representativa [...] solo [es] posible de establecer por medio de un gesto eminentemente político de nominación” (Durán Migliardi, 2007, p. 117). Para esta nominación se acrecentan o devalúan ciertos rasgos de la matriz de la democracia liberal-representativa común al populismo.

Conclusión

Este trabajo realizó un análisis crítico y comparativo del concepto populismo/neopopulismo. Se recortaron y expusieron los ejes centrales de los esque-

mas argumentativos de seis autores y en cada uno de ellos se encontraron dos rasgos comunes. El primero, que las caracterizaciones del populismo/neopopulismo de los diferentes enfoques analíticos toman como base al populismo definido ampliamente como un movimiento político que moviliza masas a partir de una retórica “populista”. Es decir, con contenido emocional, centrada en la idea de pueblo como depositario de las virtudes de justicia y moralidad y vinculada con un líder carismático que garantiza el cumplimiento de los deseos populares. Luego, cada uno de los enfoques analíticos enfatiza ciertos criterios y complementa o relega otros. El segundo, que para ninguno de estos enfoques analíticos el populismo es una aberración ni una desviación política de un patrón de democratización, sino que es constitutivo de las democracias liberales-representativas aunque, al mismo tiempo, se presente en pugna con estas. Para algunos de estos enfoques analíticos, incluso, el populismo es la principal tradición democrática en América Latina.

En relación con la cuestión sobre la muerte o persistencia del populismo en la actualidad y su ubicación o no en un período histórico particular, como se vio a lo largo del desarrollo de este trabajo, no hay acuerdo entre los seis autores.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2005), “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”, *Estudios Sociales*, N° 28, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, pp. 1-32, versión digital.
- Cavarozzi, M. (2000), “Modelos de desarrollo y participación política en América Latina: legados y paradojas”, en Kliksberg, B. y L. Tomassini (comps.), *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 197-215.

- De la Torre, C. (2007), “¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en Latinoamérica?”, en Aibar, J. (comp.), *Vox Populi. En torno al populismo y la democracia en América Latina*, México, FLACSO, pp. 55-81.
- Durán Migliardi, C. (2007), “Neopopulismo: la imposibilidad del nombre”, en Aibar, J. (comp.), *Vox Populi. En torno al populismo y la democracia en América Latina*, México, FLACSO, pp. 83-138.
- Knight, A. (1994), “El abrigo de Arturo Alessandri: populismo, Estado y sociedad en América Latina, siglo XX”, en AA.VV., *Transformaciones sociales y acciones colectivas: América Latina en el contexto internacional de los noventa*, México, El Colegio de México, pp. 49-76.
- Laclau, E. (1996), “Por qué los significantes vacíos son importantes para la política”, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- (2006a), “Consideraciones sobre el populismo latinoamericano”, *Cuadernos del CEN-DES*, N° 62, pp. 115-120.
- (2006b), “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, N° 89, pp. 56-61.
- y C. Mouffe (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, México, Siglo XXI.

(Evaluado el 3 de marzo de 2011.)

Autora

Wendy Sapoznikow. Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social, Universidad de Buenos Aires (UBA). Maestranda en Ciencias Sociales con Orientación en Educación (FLACSO), doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Ayudante de primera del Seminario de Diseño Gráfico y Publicidad, Cátedra Savransky, carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Investigación actual: análisis discursivo de la articulación entre educación y trabajo, desde la perspectiva del análisis político del discurso, en los períodos del peronismo clásico (1945-1955) y del neoliberalismo de la década del noventa (1993-1999).

Publicaciones recientes:

— (2009), “Trabajador competente. Tres escenarios de modernización”, *Revista Margen de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, N° 55, primavera. Publicación digital con referato, disponible en <www.margen.org>.

— (2009), “Prescribir, describir (y desviar)”, *Question*, Sección Ensayos, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, N° 22, otoño.

Cómo citar este artículo:

Sapoznikow, Wendy, “Seis consideraciones sobre el concepto de populismo”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 3, N° 20, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2011, pp. 141-150.